

# Sombras de iguanas sobre el Teatro Baralt

Por Ramón Pareja

**Y**a no hay teatros. El único que quedaba lo cerraron hace ya mucho tiempo» -le dice el personaje Crotone al de la Condesa. Más adelante y cuando empieza a oírse un gran estruendo añadirá: «Son los Gigantes de la montaña que se acercan...». Estas son las últimas líneas escritas por Pirandello antes de fallecer para dejar así, enigmáticamente incompleta, su obra póstuma.

No lejos de las gigantescas torres petrolíferas en el lago de la ciudad de Maracaibo se encuentra olvidado y casi en ruinas el teatro Baralt. Teniendo la opción de dirigir un montaje con el TNJ de Venezuela expuse a su directora Pilar Romero mi intención de montar *Los Gigantes de la montaña* allí mismo. Tres días antes de su presentación al público un gran estruendo de crisis oligárquica interrumpió «enigmáticamente» el debut. Todo ello unido al misterio que envuelve al teatro Baralt (último escenario de Carlos Gardel antes de morir estrellado con un avión en medellín) me motivaron a escribir este breve relato. El teatro Baralt aún continúa cerrado olvidado entre sombras nocturnas de iguanas y resplandores provenientes del cercano lago de la ciudad de Maracaibo.

Sentado inmóvil en el fondo sombrío del que fue *Gran Café Maracaibo* el viejo Nicanor D'Anzio poseído por un silencioso delirio, escrutaba a través del resplandor solar recortado en el rectángulo de la puerta. El diafragma de luz detenido en el umbral dividía, como una frontera, los recuerdos lejanos aún comprimidos en el local y la realidad abierta del exterior. Saberse protegido allí dentro tenía para el viejo hombre el placer añejo de las efímeras emociones cuando son rescatadas de la frágil memoria del tiempo. Nicanor sabía que aquello no era sino el intento, una vez más, de perderse en la oscuridad de sus propios ojos frente a aquel abismo de luz. Todo había tenido la brevedad de un parpadeo. Refugiado en el fondo del café

buscaba con todos los sentidos el olor de su juventud. Llevaba cinco horas sentado en la misma silla que un día pensó volverse a sentar. Había llegado aquella misma mañana desde la lejana calle Palermo de Buenos Aires. Vestía de lino blanco, sombrero panamá y a pesar del calor sofocante llevaba guantes claros de cabrilla. Cincuenta años tardó en recorrer la distancia que separaba su juventud de la ciudad en la que ahora se encontraba, escenario de la última representación de Carlos Gardel del que fue mayordomo y amigo. Miró una vez más a su alrededor y aún en la penumbra quiso reconocer, oculto bajo oscuras capas de humo, los adornos florales de las paredes. Una ligera brisa sacudió aquel mundo marchito desvelando antiguos olores como los que reposaban en su vieja memoria. Jugando con el tiempo retrasó cinco horas el pequeño reloj de bolsillo, de este modo aún sería de día cuando llegase la noche. La ciudad nueva quedaría oculta y él tendría aún tiempo para buscar a tientas, en el laberinto de la vieja el teatro donde Gardel dejó suspendida su voz la noche antes de que el avión en el que viajaba cubriese de metales el arcoiris de Medellín. Durante cincuenta años, hizo escapulario con estos recuerdos y algunos objetos del maestro que él había elevado al rango de fetiches y encerrado en la maleta, único fardo que aún le quedaba de su larga existencia.

El silencio en las calles tenía olor de basuras: mango y naranja, sal y cachapas engordando roedores, azúcar quemado, piel curtida y caucho abrasado. Olor de olvido en mercadillos de telas, jengibre y coronas preparadas para balas perdidas. Calles de Sudamérica, África, Sevilla o Harlem hacen compás en la noche a una solitaria iguana borracha, danzante entre sombras de luna, pensó. Solo y cansado el viejo Nicanor se adentró en la antigua ciudad cuando un relámpago penetró en el cercano lago bus-

cando estrellas mientras el cuerpo herido se hundía en la profundidad.

Envuelto en fluorescencia blanca, como un espectro dibujado por la oscuridad apareció el Teatro Baralt. Nicanor se fue acercando con el temor reverencial de quien va al reencuentro con un recuerdo sublimado: el de una paciente Penélope antillana y no el envejecido despojo olvidado por la nueva opulencia con sus puertas selladas con rústicas tablas y las paredes carcomidas por brisas de sal y petróleo como ahora aparecía. La silueta del viejo hombre se reflejó en el espejo blanco del teatro en un mudo diálogo de soledades. Extrajo del bolsillo un desgastado cartel que aún conservaba de aquel lejano día y lo pegó entre resquicios sobre la puerta de madera por la que penetró en el teatro. A través de un largo pasillo llegó hasta el escenario. Aún quedaban en la platea las butacas entre polvo tembloroso iluminado por la luna a través de las rendijas del techo. Las balconadas y los palcos aún evocaban el esplendor que tuvieron una vez aún a pesar del tiempo transcurrido.

Sentado sobre un cajón de madera y sin más espectadores que las ratas anidadas en libertad, el viejo empezó a recrear aquella lejana noche de cincuenta años antes. Extrajo de la pitillera un cigarro que encendió con estudiada lentitud, acomodó sobre la espalda la bufanda de seda y movió enigmáticamente los dedos en el gesto de acariciar los sonidos que él creía aún prisioneros en el aire. Se levantó con parsimonia, sin dejar de mirar las ruinas de la platea para iniciar, con voz temblorosa un monólogo para fantasmas.

«Damas y caballeros, muy buenas noches. Hoy se cumplen cincuenta años exactos que en este mismo escenario cantó por última vez Carlos Gardel tan sólo un día antes de perecer en el trágico accidente que llenó de luto el mundo. Desde entonces han transcurrido mu-

chos años», tras hacer una pausa y mirar abatido el silencioso patio de butacas prosiguió. «En breves momentos el Maestro estará entre nosotros. Apenas vayan ustedes apareciendo y tomando posesión de sus asientos. Les aseguro que no hay razón para albergar cualquier temor por reaparecer. Nos encontramos solos. El mundo nos ignora. Hace muchos años que se olvidó de este teatro. No teman ser descubiertos. «Ellos» están demasiado ocupados extrayendo riquezas del fondo de la tierra y a estas horas duermen. Si deciden reaparecer les garantizo un memorable espectáculo», la luna para entonces había hecho entrar su claridad por otras muchas rendijas que fueron reflejándose en los mil cristales de la lámpara central. El brillo iba iluminando la platea. Empezaron a oírse roces de tisú, sedas, imperceptibles aleteos, sonidos que precedían la aparición de los primeros smoking llevando del brazo elegantes trajes de damas: luciérnagas, polvo del tiempo, graciosos girones del aire entre caprichos de luna, eran relámpagos en la febril imaginación del viejo. La fabulación bailaba en el aire comprimido del teatro recomponiendo secretos que habían permanecido escondidos durante años esperando el gesto de un demiurgo para aparecer. El fervor del viejo y la energía allí contenida se transformaron en un acto de fe creativa. Don Nicanor d' Anzio fue aquella noche el exotérico anfitrión del reencuentro por voluntad suprema de la imaginación.

«Señores, vengan adelante y ustedes caballeros sean bienvenidos. Recuerdo perfectamente aquel grupo de jóvenes, ¡con cuánto entusiasmo aplaudieron al Maestro! por favor, los caballeros que flotan en la balconada, tengan la amabilidad de sobrevolar hasta la décima fila, óptima acústicamente».

Don Nicanor D' Anzio se movía con soltura por el escenario al tiempo que sus manos continuaban dibujando ectoplasmas con el polvo, juegos con el aire. La luna se fue alejando hasta atenuar el parpadeo luminoso de las rendijas del techo. Oscurecida la sala el viejo encendió su último cigarrillo. En silencio observó el fluctuar arabesco del humo, cómo se elevaba y contraía haciéndose sutil, parecía diluirse levitando pero el aire le devolvía espesor hasta que se fue configurando la inquietante arquitectura de un volto a quien el viejo presentó con un susurro: «¡Señores ante ustedes Carlos Gardell!», al que siguió un desgarrador doloroso y me-

lódico que llenó de resonancias nostálgicas todo el teatro.

En aquella cita entre fantasmas el enclenque cuerpo del viejo conspiró con los duendes y su voz fue poseída. Al terminar, la platea en pie irrumpió al unísono en un sonoro grito: «¡Gardel para siempre!».

Algunas ráfagas de viento habían hecho pedazos el cartel pegado en la puerta, ese mismo viento del sur que ahora

empujaba al viejo hacia la orilla del lago. Se detuvo para mirar el reloj y jugando aún con su retraso pensó que la verdadera noche aún tenía que llegar. Los relámpagos seguían cayendo dentro del lago creando resplandores enloquecidos que iban creando sombras por las paredes de la vieja ciudad. Uno de ellos resaltó en las blancas paredes del teatro Baralt las siluetas gigantes de las pequeñas iguanas de la noche.

## ESPACIO EDITORIAL DE LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA DE TEATRO



ARGENTINA	ESPACIO CUADERNOS (G.E.T.E.A.) TEATRO 2 TEATRO-CELCIT
BRASIL	SBAT
COLOMBIA	GESTUS INTERRUPTUS
COSTA RICA	ESCENA
CUBA	CONJUNTO TABLAS
CHILE	APUNTES
ESPAÑA	ADE TEATRO ENTREACTE PRIMER ACTO PUCK
ESTADOS UNIDOS	GESTOS LATIN AMERICAN REVIEW OLLANTAY THEATER MAGAZINE DIOGENES
MEXICO	MASCARA REPERTORIO
PORTUGAL	CUADERNOS
VENEZUELA	THEATRON YANAMA

Las revistas y publicaciones del EECIT pueden ser solicitadas en librerías especializadas y a través de la Red de Filiales y Delegaciones del Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral - CELCIT

- Secretaría del EECIT -

CELCIT-España. Calle Recoletos, 12 - 3ª derecha oficina K 28001 telf. 5764746 fax 5764722 MADRID - ESPAÑA